

## En cómo sea la materia comienza a hablarse de la libertad: algunas perspectivas primeras<sup>1</sup>

por Alfonso Pérez de Laborda  
Facultad de Teología San Dámaso — Madrid  
www.apl.name

María Goizueta me pide hablar de la libertad. Peor aún, me conmina a hablar de la libertad «en serio». Punto de comienzo de esta reflexión será esta: hay libertad, seremos libres, si la materia es libre. Me explico. No voy a pensar ahora, faltaría más, que la materia es consciente — nosotros sí, que somos seres carnales, es decir, cuán materiales— y que toma decisiones y tiene un comportamiento electivo y busca el amejoramiento; que sea un ser ético. Pero sí voy a intentar ver de qué manera la materia tiene cabe sí grados de libertad que la hacen impredecible para cualquier ser creado. No entraremos en ver si para su mismo Creador hay explicación racional y última de su comportamiento, pues este es dirigido por él. La razón de esta certeza es clara: ni soy vicediós ni concedo esa plaza a ninguno de mis semejantes de hoy o de mañana, por muy científico que sea.

Todo va a partir de aquí: en el principio, en un acto originario de su voluntad, Dios crea la materia en su dinamicidad; si preferís, el mundo en su dinamicidad. Una materia siempre dinámicamente informada; desde su misma creación, y siguiendo la voluntad sostenedora de quien la creó. Nada de un momento de mera mecanicidad al que luego se le añadirá por lo externo fuerza alguna. En este acto originario están dadas las cuatro internalidades del mundo: espacio, tiempo, ‘geometría’ [matematicidad podríamos decir también], y legalidad.

El juego de las cuatro internalidades se va hilachando mientras aparecen en sorprendente persistencia puntos de discontinuidad. Momentos de bifurcación del árbol de la evolución que se da desde el acto primero de la creación, en las que el camino tomado era impredecible. Surgen en ella nuevos grados de libertad. La fluxión de la materia no es reductible a mera predeterminación. No está determinada de antemano por ningún ser razonable como nosotros. Escapa a nuestras explicaciones y comprensiones. No es adivinable.

Seguiremos el hilo de la libertad. La cuestión estará ahora en ver cómo, desde el comienzo de lo que es el mundo en el acto mismo de la creación, en la dinámica evolutiva de la materia con sus cuatro internalidades, se va abriendo lugar para la creatividad; por ejemplo, por

<sup>1</sup> Se trata de páginas sacadas de la serie cuarta de los Paralipómenos, que aparecen cada día en la web: <[www.archimadrid.es/paralipomenos](http://www.archimadrid.es/paralipomenos)>. Son, de nuevo, unas notas sueltas al hilo de la reflexión de cada día, pero que, espero, empiezan a proyectar un pensamiento sobre la libertad.

pequeños cambios en lo que se llaman las condiciones iniciales. Lo decisivo está en que al llegar a un punto bifurcativo de la fluxión evolutiva no es posible prever el camino que va a ser tomado. Si hubiere esa previsión adelantada significaría esto: lo que acontece está predeterminado. Mas acabo de poner una frase sin sujeto. ¿Quién no es capaz de hacer esa previsión? Nosotros. Ninguno de nosotros, ni hasta el momento ni en lo que prevemos del futuro. ¿Dios? Mi razón no alcanza para tanto. Lo vuelvo a decir, no soy vicediós y no tengo gana de dar por bueno al primero que me diga que él, o los suyos, sí lo son. Ahí hay trampa evidente y de toda certeza. Sin embargo, está claro que la fluxión evolutiva no discurre por caminos de irracionalidad. Hay en ella ansia de ser moldeada por el logos. Si no fuera así, no podríamos encontrar respuestas teñidas de racionalidad a preguntas racionales; las que nosotros planteamos al mundo y sus cosas.

Para adentrarnos, pues, en el hablar de la libertad, de nuestra libertad, no podemos descartar ese ámbito de pre-libertad que se le abre a la naturaleza en la fluxión evolutiva de la dinamicidad de la materia. ¿Cómo? Es interesante aquello que pensaban los materialistas antiguos, a lo que llamaron el *klinamen*. En un de pronto, en el caer y caer de todos los átomos como manta de agua en la que cada gota sigue a la anterior, siempre en trayectorias en línea recta que no se tocan, uno de los átomos tiene un pequeño desvío, simplemente infinitesimal, y se provoca un enorme rebullicio de infinitos entrechocamientos.

Se puede decir, quizá, largo me lo fiáis. Es verdad, pero no acabo de ver de qué manera cabría en nosotros la libertad, hablar de ella, si antes no se hubiera dado en la dinamicidad de la materia un arrebatador ámbito de creatividad imprevisible. Si ya ella no tuviera ínsita en las realidades de su fluxión en la flecha del tiempo la existencia de novedades; novedades imprevisibles para nosotros, los seres materiales conscientes, capaces de estudiar y ver de cerca esa previsibilidad; los únicos seres mundanales que disponen de esa capacidad. Y disponemos de esa capacidad, nosotros, seres también mundanales, porque también nosotros crecemos en ese ámbito de creatividad imprevisible que se da en la dinamicidad de la materia; que se ofrece, pues, en la naturaleza. ¿Ángeles?, ¿Dios? Queden fuera de nuestra reflexión, por ahora, no sea que todo se nos embrolle.

Somos seres con predisposición a la libertad. ¿Qué puede significar esto? Una cosa clara, para comenzar. El nuestro no es un mundo de estrictas y obligatorias mecánicas, un mundo de legalidad predeterminativa, en donde todo está previsto de antemano, en el que, en un de pronto, desde fuera de lo mundanal, se le da espíritu o alma o consciencia o como quiera llamarse. Como si en nosotros, seguramente por un segundo actuar del Dios creador, se insuflara un cógito pensante a lo que es hijo predeterminado de un ser mecánico estrictamente determinado. Y no me digáis, ¿cómo alegas esto, tú que te soplas como

leibniciano? Predeterminación, de haberla, sólo se daría en la mente de Dios, pero jamás en la nuestra. Y si entramos en esta discusión, es mucho más inteligente pensar que el Dios creador haya pergeñado las cosas de manera que en su misma dinámica de fluxión todo venga a darse como fruto de la conjunción asombrosa de las cuatro internalidades y de lo que llamé las condiciones iniciales. Estas son posibles predisposiciones —por utilizar la vieja palabra, infinitesimales klinámicos—, las cuales, caso de contar con leyes estrictamente predeterminativas —lo que no creo—, dejan una capacidad inaudita de comportamientos imprevisibles —con imprevisibilidad absoluta desde esas cortejadas leyes predeterminantes.

Todos los seres mundanales se mueven en ese ámbito, pues ínsito en la misma fluencia dinámica de la materia. Pero no todos disfrutan de igual modo de este, llamémosle así, ámbito de libertad, mejor estaría decir ámbito de pre-libertad. Hay una cadena de predisposiciones que fluye con esa dinamicidad de la materia; pero esto no significa que las galaxias no tengan comportamiento galáctico y que sus movimientos infinitesimales klinámicos vayan a desembocar acá y allá, por todo el amplio universo, en lo que ha acontecido en el planeta Tierra, dando origen a lo que nosotros somos. Ahora bien, si las galaxias no tuvieran predisposición a que en ellas pudiera aparecer el agua, por ejemplo, eso significaría que en nuestra galaxia, en la cual está el sistema solar en una de sus esquinitas, no hubiera podido darse el agua. ¿Por qué la diferencia? Puede deberse a disposiciones infinitamente pequeñas en la geometría de la sopa primigenia —como la llamaban al comienzo, cuando se ideó la teoría de la explosión inicial—, que se dieron en un pequeñísimo lugar. Puede deberse a que el azar ha llevado a que el agua creada en la profundidad de las galaxias sólo ha encontrado dónde ser conjunto estable de moléculas líquidas en unos pocos lugares del universo por cuestiones de temperatura y de presión de las atmósferas respectivas. ¡Yo qué sé, que nos lo digan los científicos!

Si no se llegan a dar tales actos de pre-libertad de la dinámica fluyente de la materia, producida en el acto de la creación, no seríamos.

No estaríamos acá. Pero eso todavía no hace sino ponernos unas bases necesarias para que la libertad pueda darse en nosotros. En la dinamicidad de la materia que viene ofertada desde el acto originante de la creación se dan predisposiciones, de manera que quepa el surgir de ámbitos de libertad; si no, estos ámbito ni hubieran existido nunca ni existirían jamás. Mas todavía debe darse algo decisivo: que quepa en nosotros la libertad y, además, que se dé en nosotros su ejercicio. Nos quedaría, pues, mucho camino por recorrer aún para llegar a la libertad como acto de mejoramiento o de apeoramiento.

Porque la libertad es en nosotros un ejercicio de actuación. No vale sólo con que ahora hablemos de predisposiciones, diciéndonos cómo nosotros, al igual de las galaxias, vivimos en ámbitos libertarios, en los cuales nos caben condiciones iniciales que nos hacen variar y adoptar

actitudes no previsibles por quien nos mire desde fuera. Bueno, ya lo sabemos, ese alguien siempre sería uno de los nuestros. Apostamos en nuestro decir por una libertad de actuación: no estamos obligados a ningún comportamiento. Obligados por naturaleza, es decir, eso que podríamos pensar comportamiento libertario, en realidad, no es sino adecuación de él a lo que se nos da en obligada manera de ser; se nos da por naturaleza. La naturaleza, así, nos posibilita la libertad; a nada nos obliga en nuestros comportamientos. Es verdad que podemos saltar, y eso hace que nuestra sombra se desligue de nosotros, pero sólo será por unos instantes, mientras nos dure el salto. No es desvinculándonos de nuestra naturaleza como nos hacemos capaces de libertad. Recuérdese lo que me gusta repetir: la gravitación universal newtoniana, pesante naturaleza para nosotros, sin embargo, es la que nos permite caminar hacia donde queramos.

Aparece, pues, algo nuevo y sorprendente: el querer. Tenemos capacidad de querer. De querer esto o aquello; de querer a este o a aquél. Si no tuviéramos tal capacidad, no seríamos libres. Por eso digo que la libertad tiene que cabernos dentro de nosotros mismos, con lo pequeños que somos; mientras que, sin embargo, no cabe en la inmensidad de una galaxia. El comportamiento de la galaxia es previsible, con la enorme salvedad del káos que genera ámbitos de predisposiciones libertarias. La galaxia no dirige su existencia. Se limita a ser como le toca. Nuestro comportamiento no siempre es previsible. Si lo fuera, no seríamos nosotros quienes dirigiéramos nuestra vida. En las galaxias o en los hipopótamos no cabe la libertad. En nosotros sí. Acepto, cómo no, que las galaxias y el hipopótamo se mueven en un ámbito libertario, para llegar al cual ha debido darse una conjunción fastuosa y creciente de cumplimiento de predisposiciones, como vamos viendo; pero en nosotros se da algo inconmensurablemente mayor, pues nosotros tenemos consciencia. Somos seres de consciencia. Los únicos en poseer esa amplitud inaudita de la consciencia. Ni las galaxias ni los hipopótamos disponen de ella. No son seres mundanales de consciencia. Nosotros, sí. Me refiero, claro, no a unos como gérmenes de consciencia que, no cabe duda, el hipopótamo tiene —faltaría más, siendo uno de nuestros más grandes hermanos animales—, sino a ese desplegar sorprendente, inaudito, único, de esa consciencia que nos hace hablar a lengua suelta de galaxias e hipopótamos —¿hablan de nosotros estos seres mundanales?, lo dudo—; porque, lo llevamos muy visto, nosotros, y sólo nosotros, somos seres hablantes, somos carne hablante. Nosotros, y sólo nosotros, somos racionales. Nosotros, y sólo nosotros, tenemos logos y comprobamos que la dinamicidad de la materia, con sus cuatro internalidades, originada en el acto de la creación, puede ser conocida porque tiene comportamientos racionales. Somos seres de logos.

Centro. Circunferencia. Línea —línea recta, claro. Estas tres palabras sirven para resumir lo que somos. Centralidad de la consciencia.

Decisividad de lo circunvalante en lo que somos. Seres erectos en línea vertical, aérea, sobre la línea horizontal del mundo. Seres que miran al cielo y a los ojos de sus semejantes. Y, sin embargo, nunca otra cosa que seres mundanales, por más excepcionales que resultemos. Logos. Carne hablante.

Tenemos esa rara cualidad: seres erectos en perfecta linealidad vertical; no sé si otro animal tiene este privilegio. Precisamente de ahí, de esa verticalidad supina, nace su capacidad de centramiento sobre sí. En la línea recta de lo que somos nace la posibilidad de ese combamiento sobre nosotros mismos, tomándonos como centro. No centro de mera estimulidad, lo que acontece a los demás animales, sino centro de consciencia. La línea recta hace nacer en nosotros el centro. Centro que nada tiene que ver con lo geométrico, mas con el juego sublime de nuestra carne, la cual, por la capacidad que tiene antes de ser carne enmemoriada y carne maranatzada, se hace carne hablante.

La consciencia es capacidad de habla. No porque se confundan ambas, claro, pero sí porque la consciencia es una manera segura de hablarnos a nosotros mismos. Ser consciente es ver, pero ver para hablar. De otro modo los búhos tendrían mejor consciencia. Capacidad de habla es ser consciente de quiénes somos y del lugar que ocupamos en lo mundanal. Porque miramos desde arriba y vemos, junto a nosotros mismos, lo que nos rodea, y dada nuestra capacidad de habla, es decir, de expresar eso que vemos, eso que nos rodea y eso que somos, tenemos centro. Y ese centro es centro de consciencia. Somos conscientes de ser conscientes. Hablamos de nuestra consciencia. Miramos a los ojos de otros que sabemos tienen consciencia como la nuestra, pues también ellos, seres erectos en pura verticalidad como nosotros, poseen centralidad. Centralidad de consciencia. Centralidad de habla. Centralidad de ser.

La consciencia nos da centro, nos hace seres centrados. Y todo esto lo hablamos. Con nosotros mismos; pero también, y sobre todo, con otros como nosotros, a los que miramos a los ojos. De esta manera el ver se liga con el hablar, y el hablar con el ver. Y porque hablamos, estamos a la escucha. Escucha de lo que nosotros mismos decimos, pero, sobre todo, escucha del otro, ese que tiene los ojos a nuestra misma altura. Seres expresados en el ver y en el ser visto de unos ojos.

De este modo somos centro. Centro de mirada sobre el universo. Así, seremos siempre los miradores de lo mundanal; también sus habladores. Un centro que habla, que escucha, que mira, que es mirado. Porque, es obvio, miramos y vemos el cuerpo, sus gestos, sus ojos, pero el centro de nuestra mirada es la carne, la conjunción de las carnes, el yo.

De ahí, centralidad de nuestro ser. Porque no se desparrama sobre la línea recta físico-geométrica que somos, se centra en lo que es nuestro propio yo, nuestro sí mismo. Centro, centro de sí: un yo. Centralidad de ser. Nuestro ser es el centro de esa conjunción de cosas que aparentamos ser. Digo aparentamos, pues no somos ni amontonamiento desvencijado ni pura linealidad, sino un ser conjuntado en coherencia de

unidad. Descuajeringarse o desdoblarse es caer, quebrado de gravísima enfermedad. Hay centro en nosotros y esa centralidad es esencial en eso que somos, hasta el punto de poder decir de él que somos ese centro, que él es nuestra alma. El juego de las carnes se da ahí, precisamente ahí, en ese centro, en donde está la almalidad de lo que somos.

Lo circunvalante. Porque lo circunvalante actúa en nosotros no de fuerza centrífuga, sino centrípeta. No nos saca de nosotros mismos, alejándonos de lo que somos, quizá determinándonos desde fuera como lo que debemos ser o deshaciéndonos en las puras naderías de la centrifugación hacia lo exterior de nosotros mismos. Antes al contrario, nos ayuda en nuestra centralidad. Mediante ello, en toda su complejidad, nos centra en nuestra propia centralidad. La circunferencia mira a su centro. Porque somos el centro de todo lo que nos circunvala, de lo circunvalante; incluso cuando nos sobrepasa en el exceso. Pues incluso en este caso es exceso, desde lo que vamos siendo para que seamos más.

Lo circunvalante amasa lo que somos, le da espesor, nos unifica en nuestro ser. Nos da el punto de vista con el que lo miramos, mejor, lo contemplamos, e incluso, cuando podemos, lo manipulamos. Nuestro punto de vista, desde entonces, expresa mundo. Mejor aún, expresa lo que somos con aquellos que tienen sus ojos a nuestra misma altura. Pero se da más aún, mucho más, porque expresa realidad. Como vieron muy bien los filósofos antiguos, el centro dirige sus miradas —sus rayos, sus radios— a todos los puntos de la circunferencia. Infinitos puntos. Por eso, expresa el conjunto entero del mundo, Más aún, digo, expresa realidad.

Lo circunvalante, conformando también lo que somos —no es el único que nos conforma—, nos hace esencialmente seres expresivos. No meros centros cerrados a la centralidad en definitiva exigua de un punto sin ninguna dimensión, pura nada, por tanto, sino puntos —mónadas, por emplear de nuevo el lenguaje leibniciano— que tienen cabe sí el espesor de la infinitud que nos circunvala. Y lo tienen, expresándolo. Aunque sólo sea de modo principial, comenzante; de modo desiderativo. Y esa expresividad nos liga a lo circunvalante en ligazón orgánica, pues él nos conforma en esa religación. No somos lo circunvalante, claro es, pero estamos ligados a ello en nuestra expresión. Como cuando alguien que conoció a nuestro padre nos dice: te pareces cada día más a él; ese gesto era de tu padre, esa sonrisa era de tu madre. Somos así seres esencialmente expresivos. Expresivos de lo que nos rodea a la vez que, en íntima imbricación, expresivos de lo que somos. Pues nuestra expresividad, siendo cosa nuestra, esencialmente nuestra, es también expresividad de lo que nos circunvala, de lo circunvalante. Expresivo de realidad. Mejor, expresivo de la realidad. No de realidades disjuntas, sino expresivos del fundamento de la realidad.

Podrá pensarse que me he perdido, no hablando ya de nada tocante a la libertad. Pero no es así. Para poder expresarnos sobre ella de verdad, tenemos que pasar por aquellos vericuetos que nos trajimos con los

ámbitos de pre-libertad de la misma materia en su dinamicidad, y luego, es decir, ahora, tenemos que desembocar de allá en esto. Centralidad en la que nos combamos. Centro y circunferencia. Centro de lo que somos y circunvalante de lo que conforma lo que somos. Línea recta de nuestra postura en el mundo, hombres y mujeres erectas y mirando lo que hay, a la vez que mirando a los ojos a quienes son como yo.

Palabra racional, pero también palabra poética, palabra hacedora, si preferís, palabra creadora, mas incluso puede ser también, no lo olvidemos, palabra engañadora.

En páginas anteriores a estas<sup>2</sup> hay una afirmación que toca a lo de ahora. Somos carne hablante, resultado de la conjunción de la carne enmemoriada y de la carne maranatzada: de ellas procede nuestro hablar, y la razón se da en el habla. Son estas las que dan a la carne hablante la posibilidad y el espesor para convertir gruñidos más o menos desarrollados y gritos o cánticos de marcación de territorio, de saludo y de búsqueda de iguales, en habla; en posibilidad de la propia razón. Sin habla no hay razón; sin razón no hay habla. Nuestra habla es constructora de lo que vamos siendo en esa fluencia que nos estira hacia nuestro ser en plenitud.

Pues bien, con estas perspectivas filosóficas, de una filosofía de la carne, vamos al Génesis para ver cómo expresa la creación del mundo.

Vamos a fijarnos en la interpretación —tan cercana a nuestras cosas— que da Ignacio Carbajosa a los primeros párrafos del Génesis<sup>3</sup>. El primer versículo —en el principio creo Dios el cielo y la tierra— lo considera como si fuera el título de lo que viene a continuación, del capítulo entero, por donde resulta que la primera acción en absoluto de Dios dentro del tiempo es la acción de hablar —dijo Dios: ‘Haya luz’, y hubo luz. Nos envía así mismo al salmo 33: por la Palabra de Dios fueron hechos los cielos, pues él habló y así fue. En ambos, la palabra de Dios se presenta como actuante: lo que afirma se hace. La creación no es emanación de Dios, sino la primera comunicación de Dios. Más aún, prosigue, la primera acción divina está dentro de la historia de la comunicación de Dios a los hombres. Y esa palabra es la misma que llamó a Abraham.

La primera acción de Dios es habla, es logos, es razón. Es palabra con estructura de racionalidad. Dios es actante en el mundo y su acción se ofrece, se consigue, se dona en su palabra, por medio de su palabra. Esa palabra es palabra creadora. Sólo mostraremos un desacuerdo con nuestro inspirador genesiaco. Parecería que el tiempo debiera quedar fuera de esa palabra, como si fuese algo previo a la propia creación del mundo por la palabra. No creo que sea así, pues el tiempo es una de las

<sup>2</sup> “La razón amorosa como logos”, *Revista española de teología*, LXVIII (2008) 400.

<sup>3</sup> En Ignacio Carbajosa, Luis Sánchez Pascual (eds.), *Palabra encarnada. La palabra de Dios en la Iglesia* (Madrid 2008) 39-40.

cuatro internalidades de la propia materia en su dinamicidad fluyente. La creación por la palabra, por tanto, incluye al tiempo, pero no como cosa previa o independiente de la fluencia creativa que, en el relato del Génesis, comienza con la luz, pues el tiempo consiste en relaciones según un antes y un después de las mismas cosas mundanales creadas.

Si fuera el caso, sería interesante entender el incubamiento o aleteo del segundo versículo como la adecuación de la palabra que va a venir al orden de la racionalidad querida por el mismo Dios creador.

Son muchas las cosas interesantes que nos dicen esas primeras palabras del Génesis para comprender cómo y por qué la respuesta a nuestras preguntas racionales siempre ofrece soluciones también racionales. En ese incubamiento o aleteo se nos ofrece en metáfora-analógica el principio de racionalidad del mundo creado por el Logos, la materia en su dinamicidad fluyente, en el que mucho después, hoy, se nos dona la libertad.

Dios es actante de la creación por medio de su palabra. Lo que dice se hace. Es, pues, comunicación fuera de sí. El mundo, mal que les pese a todos los newtonianos del universo, no es emanación de Dios en un lugar que él mismo vacía de sí, constituyendo de este modo el espacio y el tiempo, para dejar lugar a lo creado, sino que es comunicación de Dios; la primera de ellas. Así pues, el primer regalo que Dios nos hace. Y este regalo es la materia en su dinamicidad fluyente. Dinamicidad que conlleva ínsitas en sí las cuatro internalidades. Estas no son un recipiente newtoniano en el que se echa la creación; una creación atomística meramente mecánica a la que luego la mano del mismo Dios añadirá las fuerzas.

En el momento mismo de la creación, si hablamos con la metáfora del Génesis, se incuba todo eso que va a ser comunicado. No hay, por así decir, deliberación de mundanidades en el seno mismo de Dios, como si este fuera un hacedor-gran-matemático que tiene que planear y ver las mejores soluciones, desechando otras como menos convenientes para lo que busca. La comunicación fuera de sí crea mundo. De una vez por todas. En un magnífico: ya está. Y lo crea, incubándolo, en su extrema complejidad. Por eso, iniciándose el tiempo y el espacio en ese único instante fundador de mundo, del único mundo que hay —sea lo complejo y diversificado que le dé la gana ser, mas siempre donación—, podemos entender ese incubamiento o aleteo como la adecuación de la palabra que va a venir al orden de la racionalidad querida por el mismo Dios creador. Es entonces cuando, de una vez por todas, se establece la racionalidad de lo que es, por más que se vaya a dar desde ese instante iniciador de tiempo en una increíble dinamicidad fluyente de la materia que entonces es creada. Materia fluyente con sus cuatro internalidades. No un marco en donde se echa la materia, sino constitutivas intrínsecas de ella misma. Pero, cuidado, de ella en su dinamicidad fluyente. Hasta el punto de que, si se quiere, podría confundirse esa misma materia fluyente con sus

cuatro internalidades: espacio, tiempo, ‘geometría’ y legalidad, pues nada se da en la materia fuera de ellas.

Podría pensarse que faltaría lugar para lo que llamo condiciones iniciales, esas, tan importantes, que harán, precisamente, que por más que las leyes fueren determinísticas, los resultados no lo sean. Pero es que estas tienen que ver de manera vehemente con la ‘geometría’. ¿Qué hace al agua de lluvia no caer como pedruscos de hielo? Una predisposición del agua a, fijándose en una mota de polvo, solidificarse siguiendo un increíble entramado de direcciones que asegura una microgranulación del agua helada en infinitas líneas distintas, formando unidad de copo de nieve, que va cayendo poco a poco por el efecto paracaídas. ¡Y todo va siendo así!

‘Geometría’-predisposiciones-condiciones iniciales. Magnífico juego de esta nueva tríada. Tríada mundanal que provoca los diferentes resultados de la dinamicidad fluyente de la materia que va dando lugar al mundo que vemos y también, cómo lo olvidaríamos, al mundo que estudiamos buscando explicaciones comprensivas.

En ese juego se va trenzando el hecho de los grados de libertad, lo que he llamado pre-libertades y, luego, por fin, el juego poderoso de nuestra libertad, culminación majestuosa de la imposible-posibilidad.

Sin habla no hay razón; sin razón no hay habla. Ambas se dieron en el principiar del mundo.

He esbozado, sólo esbozado, lo de la libertad. Lo he hecho yéndome a los principiares. Quizá es demasiado, mas he encontrado interesante intentar vislumbrar cómo, desde la misma originación, el caminar dinámico de todo lo mundanal está marcado por lo racional. No es una evolución de meras e infinitas casualidades que se suceden unas a otras en red de dispersiones estáticas indefinidas. Por curiosos procedimientos encontramos esa palabra: incubamiento. Habiendo dado por logrado el pensamiento de realidades de que el mundo es creación, acompañados de las asombrosas palabras del comienzo del Génesis, mas sin perder en un solo momento la razón, nos hemos ido al mismo principiar. No un principiar dado en el tiempo, puesto que el mismo tiempo es parte esencial de la dinamicidad de la materia como una de sus cuatro internalidades —la puesta en primer lugar, además—, sino un principiar en el que surge creativamente la fluxión misma de esa dinamicidad; tal es el tiempo.

Esa incubación lo es de racionalidad, de logos. El mundo y sus cosas, desde el mismo comienzo originante, no se da fuera de la racionalidad, fuera del logos. Y ese logos es análogo a nuestro logos, a nuestra propia racionalidad. No digo que nosotros seamos los creadores del mundo o cosa del estilo, pero sí digo que nosotros tenemos la íntima capacidad de ir desentrañando algunos aspectos de la estructura misma de lo que es la fluencia del mundo. Y tenemos esa capacidad, evidentemente, por dos razones, porque el mundo tiene urdimbre racional y porque nosotros

somos seres racionales. La ciencia desde su mismo nacimiento se sentó en esta base. Sin ella, nada hubiera sido posible. Si el mundo no tuviera urdimbre racional, de nada nos valdría tenerla nosotros. Si el mundo la tuviera, de nada nos valdría si la nuestra no lo fuera. Recordemos las asombrosas palabras de “a nuestra imagen y semejanza” que se encuentran en esas páginas primeras del Génesis. Hay algo en nosotros, en nuestra textura misma, que se nos dona para comprender la textura del mundo. Bueno, quizá el “para” que acabo de poner es excesivo, pero ahí queda el acontecimiento de realidad.

Si no hubiera ese paralelismo de urdimbres, esa convergencia de texturas, nada podríamos conocer del mundo; mas tenemos experiencia real de que sí conocemos. ¿Mucho, poco?, ¿todo, sólo algo? No importa, lo decisivo es que conocemos.

Aquí es cuando lo del cúmulo de casualidades es una debilidad racional. Un chantaje a lo que de verdad conocemos sobre el mundo. Podría entender que se nos dijera: no sé cómo, pero el hecho es que conozco, y no quiero meterme en más berenjenales. Bien. Pero ¿y si uno quiere meterse en ellos con la única arma que tiene para realizarlo, la razón, pero cuidado, la buena razón, no la obsoleta e inexistente razón de purezas logificadoras? Entonces encuentra la urdimbre racional de la dinamicidad de la materia. Nuestros esfuerzos alcanzan resultados, al menos algunos resultados. En algo averiguamos la verdad de las cosas, lo que ellas son; sus comportamientos reales. ¿En todo? Claro que no. ¿A qué viene, pues, esconder estos descubrimientos de realidades bajo la capa protectora de que todo es fruto de la casualidad? Sí, bien, pero conocemos leyes, predecimos comportamientos, manejamos espacios y tiempos, inventamos geometrías. En este contexto, hablar de casualidades, de agregación enhebrada de casualidades —pero necesariamente bien diseñadas en su conjunción para que resulte lo que hay—, es poco menos que una broma de niños pera; es una risión.

Porque mi conocimiento es analógico puedo hablar, entre temblores, claro, de incubamiento de racionalidad, que deja ínsita en la dinamicidad del mundo esa urdimbre de logos.

¿Tenemos otra procedencia distinta de la adviniente de tales principiares? No. Somos creaturas de la creación. ¿Seremos, pues, seres predeterminados, o casuales, frutos del mero azar? No, tampoco. Entonces, ¿qué? Debemos resultar seres esencialmente libres. Si no llegamos a ello, en algo fundamental nos hemos confundido.

En la dinamicidad fluyente de la materia, hija del incubamiento de sus urdimbres racionales, se da un profundo juego de creatividades. Desde nuestro conocimiento interno de esa propia dinamicidad, aparecen de continuo novedades imprevistas. ¿Fruto de perennes cambios en la internalidad que llamamos legalidad? No lo creo. En todo caso, no sería necesario. Porque en donde se puede producir el juego de esas creatitivades es en las condiciones iniciales. En cada acontecimiento, en

cada bifurcación, como solemos decir, las condiciones iniciales son cambiantes, muy fácilmente cambiantes, pues necesitan un klinamen infinitesimal para que el resultado ya no sea el esperado, si nosotros hemos ido siguiendo la fluxión antes de llegar a esa bifurcación. Mas ¿cómo puede darse esa ínfima variación?, ¿de dónde sale?, ¿quién la provoca? La complejidad del espacio y el tiempo: no en general, sino la complejidad que ahí, de manera precisa en esa bifurcación, se produce. Tendencias y predisposiciones de los átomos espaciales y de los átomos temporales —¿se me permite que los llame así?—, apenas nada, se convierten en cambios de las condiciones iniciales del evento. De ahí que si hubiera un previsor racional —¿quién, sino uno de nosotros?— que viniera siguiendo el camino de la dinamicidad desde aguas arriba, se encontraría con una sorpresa imprevisible: las cosas ahí toman un camino distinto del previsto por el puro seguir de la legalidad tal como la venimos entendiendo, y surge así lo que llamo la imposible-posibilidad. Cosa pequeña, apenas nada, cierto, pero ofreciéndose en cada bifurcación, al final se dona una asombrosa complejidad de novedades. En el camino de la fluyente dinamicidad de la materia con sus cuatro internalidades, aguas abajo no es lo mismo que aguas arriba. Hay novedad creativa. Aparecen nuevos grados de libertad.

Continuando por esa línea de pensamiento llegaremos nosotros a ocupar nuestro nicho de existencia. Pero no deje de notarse que, entre los seres mundanales, quien ve el proceso sólo somos nosotros. Y, es claro, no porque seamos seres bifurcados en dos, y una de nuestras bifurcaciones sea la lista y vea desde fuera las cuestiones tratadas. Esto es un dualismo inaceptable. Somos seres unitarios; somos carne. Pero sí es verdad que en el principiar de lo que nosotros somos —¿que vengan los científicos y nos lo vayan diciendo!— se ha dado una imposible-posibilidad asombrosa. Somos fruto de grados de libertad que ningún otro ser mundanal posee; no los compartimos con ninguno de entre ellos, sean las galaxias, nuestras hermanas materiales, sean los hipopótamos, nuestros animales mayores, mayores en volumen, en fuerza y en esa sorprendente capacidad de nadar y de resistir bajo el agua. Los grados de libertad a los que hemos sido sometidos —maravilloso sometimiento— han hecho posible nuestros juegos triádicos de deseo, imaginación y razón, en primer lugar; de carne enmemoriada, carne maranatizada y carne hablante, en segundo lugar; de mundo, cuerpo de hombre / cuerpo de mujer y realidad, en tercer lugar. Veis, por tanto, que aquí se nos ha obrado realidad antropológica todo lo que somos. Todo eso se nos ha hecho imposible-posibilidad, porque, desde los mismos principiares las cosas son como han ido siendo. Las cosas de este mundo que es creación.

¿Intencionalidad-para?, ¿finalidad?, ¿diseño? Qué sé yo, qué más da. No hemos necesitado en ningún momento recurrir a estos conceptos para esbozar cómo se arriba a donde hemos llegado con nuestra rumiosas cogitaciones.

En lo que vengo señalando, el incubamiento es esencial. En el acto mismo de la creación del mundo por el Creador es cuando se da a este esa urdimbre de racionalidad, de logos, que va a ser decisivo en todo el proceso de la dinamicidad fluyente de la materia. He insistido en que no soy vicediós, tampoco ninguno de vosotros, luego no puedo asegurar que en ese incubamiento se da la predeterminación de todo lo que va a ser en la dinamicidad del mundo. No lo creo. Entre otras cosas porque sería, me parece, un discurrir de Dios como si fuera un gran proyectista. No soy partidario. Me es mucho más interesante que Dios sea Creador y Sostenedor del mundo y de lo que somos, más que un diseñador de altísimo sueldo. No digamos si lo vamos a convertir en algún grandioso Gran Matemático. El haberlo hecho así ha sido el pecado mortal del siglo XVIII, tan interesante por otras luces.

Nos vamos a fijar ahora en lo que nos apareció más arriba: la mónada leibniziana. Mónada expresiva. Expresión del mundo entero en su unidad, en el lugar en donde se halla. Por supuesto, hay mónadas más y menos importantes, ni son en todo lo que les concierne meros átomos materializados.

Siendo las cosas así, sigo dando vueltas a las condiciones iniciales. Esa infinitesimal desviación, *klinamen*, puede ser el resultado de la influencia de algo sobre ella. No es difícil que se produzca ese minúsculo movimiento que parece salirse de lo que debiera, pues todo el universo entero encuentra expresión en la mónada, adecuada al grado de ser de ella, claro es. Cualquier mínimo cambio en el resultado de esa expresividad cambia las condiciones iniciales del acontecimiento, y todo el proceso de la creación de nuevas creatividades aparece al punto. Así pues, por dos caminos encontramos posibilidades de cambio en la condiciones iniciales de un evento bifurcativo. El otro era, no puede olvidarse, el dependiente de los complejos átomos espaciales y de los átomos temporales.

Se puede pensar que esto es cosa complicada por demás. Claro, ¿quién dijo que no es complicado el discurrir de la materia en su dinamicidad desde el acto mismo de la creación? ¿No es el mundo cosa harto enredada y llena de sutilezas? ¿No lo somos nosotros también? Malo sería, pues, que la solución a preguntas sobre estas cosas evolutivas fuera tan sencilla como una regla de tres.

En todo caso, sí me parece que queda esbozado el camino que lleva a considerar como algo real el nicho mismo de nuestra libertad. Por supuesto que, con lo que llevamos dicho, sólo nos hallamos en sus arranques, y estamos llegando como máximo a considerar que sí es verdad, podemos ser seres libertarios, es decir, seres de libertad. Que la libertad es cosa nuestra y bien nuestra. Y lo es así porque el mundo se desarrolla en un ámbito en el que emerge —pongo esta palabra con espanto, no vayan a crearme, a mis años, emergentista al estilo de Mario Bunge—, sin duda ninguna, la pre-libertad. También el mundo en sus hechuras es libertario. Aunque, por supuesto, nosotros lo somos más.

Hay una gradación de eso que llamo la imposible-posibilidad. Con nosotros es más, mucho más; hasta el punto de hacernos capaces de ser eso que somos: seres de pensamiento y de emoción en íntima simbiosis. Capaces de pensar. Carne hablante. Logos. Creados “a imagen y semejanza”, por emplear las palabras tan enigmáticas y asombrosas del Génesis. A imagen y semejanza del Creador.

En este momento del pensar, el concepto de expresión es decisivo. Somos, pues, decía, como una mónada leibniziana. Una mónada que, en el lugar de espacio y tiempo que ocupamos, expresa el entero mundo. No siempre de manera reflexiva; nos falta la capacidad de expresar con consciencia la enteridad del mundo. Sí de una manera que, siéndonos imperceptible, porque por debajo de nuestro umbral de reflexión, tiene que ver íntimamente con nosotros. ¿Significa esto que todo lo mundanal influye sobre nosotros y nosotros lo reflejamos? Es obvio que no. No es que todo lo mundanal nos determine, sino que, entre otras cosas por las relaciones tan estrechas que tenemos con la materia en su dinamicidad, tenemos conexión íntima con todo lo que es, sea mineral, orgánico o animal. Somos solidarios con lo mineral, con lo orgánico, con lo animal, porque nosotros somos conjunción unitiva de mineral, de orgánico y de animal, dándose en nosotros —hemos visto, mejor, esbozado, el proceso—, esa unitariedad conjuntada y coherente. Y, precisamente, esa conjunción unitiva se nos dona en el proceso increíble de los grados de libertad que se hacen realidad nuestra tocando, atingiendo, la imposible-posibilidad.

Expresamos mundo, expresamos las realidades que nos hemos construido, y, por fin, expresamos realidad. Pero no en modo extrínseco a nosotros, sino en conjuntamiento unitivo. Y este conjuntamiento se da en la carne, tal como hemos ido entendiendo lo que ella significa en una filosofía de la carne.

Nótese que las posibilidades que en nosotros se dan de condiciones iniciales cambiantes son infinitas. No porque todo influya en nosotros, lo que tiene algo de cierto, sino porque podemos dejarnos sostener por esa novedad que en ellas se nos ofrece. Una lectura hecha hace años, un pensamiento que dejamos en su momento, un cariño que creíamos olvidado, una busca del mejoramiento que abandonamos, de pronto, se convierte en acicate para que todo lo que somos torne hacia ámbitos de creatividad y novedad. Tal se da, por ejemplo, en el juego de la imaginación. Más aún en el del deseo. No olvidemos el de la razón. En esa textura de racionalidad que constituye nuestra urdimbre, aparecen, por tanto, ocasiones decisivas para llevar nuestra vida por caminos de novedad. Ser de este modo nos hace individuos extremadamente creativos. Nada nos está vedado. Podrá decirse que sólo en el terreno de la imaginación, del deseo y de la razón, esta razón de virtualidades ilusas, quizá; pero no es así. Pensarlo es malcomprender nuestro carácter esencialmente expresivo. Somos expresivos de novedad; de miradas hacia adelante en el camino de nuestra propia dinamicidad creativa. Ni

reflejamos ni representamos, sea mundo, sean realidades, sea al fundamento de la realidad, sino que lo expresamos. Lo que expresamos está dentro de nosotros, en el hondón mismo de nuestro ser. Nosotros somos la plenitud de ese ser expresivo.

¿Se comprende ahora por qué estas cosas que vengo diciendo son un hablar «en serio» de la libertad? No, eso nunca, una libertad que nada tiene que ver con la materialidad de lo que somos, y de la infinita solidaridad con todo lo creado que es la nuestra, sino que sería algo así como un añadido o un sombrero espirituoso que se nos calza. No, eso nunca, una libertad que no es solidaria con nuestra propia condición de carne e hiciera que cada mañana nos dijéramos: bueno, hoy, ¿quién seré?

Hemos visto de qué manera nuestro destino es la libertad. Cómo, si se nos quita la libertad —y los ámbitos en los que ella se ha ido haciendo factible—, se nos quita lo que somos en su total enteridad.

La pregunta leibniana debe entenderse de la siguiente manera: mirad todo eso que hay mundanal, pues bien, podría no haberlo. No encontramos en lo que hay mundanal razones para que tenga que darse el conjunto de lo que hay. Podría acontecer que no hubiera ninguna de las cosas que hay, ni siquiera mundo. Llegamos a esta pregunta, recuérdese, porque todo nuestro pensar —y hacer ciencia— viene siendo una red de preguntas, racionales, en red de coherencia, que buscan respuestas racionales. No cualquier pregunta, la ocurrida en un momento de sueño, de desgana o de borrachera, sino preguntas racionales meditadas y de acuerdo con toda la experiencia personal y comunitaria que traemos con nosotros. No cualquier respuesta, el antojo de un momento, sino las respuesta racionales —al menos en parte— que nos dan las mismas cosas que hay a las que les preguntamos. Pues, lo hemos visto, caben respuestas racionales; no porque nosotros, tripotándolas, las agenciamos así, sino por la urdimbre misma de lo que es, siempre de texturas racionales.

En ese contexto no cabe que alguien diga: existía la nada y luego, de ahí, Dios creó el mundo. Claro que en la historia ha habido mil que han pensado así. Numerosas derivas gnósticas, antiguas, modernas, ¿son otra cosa? Pero eso no es compartido con una postura racional como la que ahora sostenemos, pues parten de un dogma ideológico: Dios y la Nada. Puede que sea así, pero el camino nuestro es muy otro. De punta en ovilla, de pregunta en respuesta, constituyendo red, vamos avanzando en lo que adquirimos racionalmente. No partimos de Dios en una filosofía de este cariz, la filosofía de la carne; nos encontramos con él. Convenimos que afirmarlo es racional, extrañamente racional, pues con una racionalidad que nos sobrepasa por completo. Pero, cuidado, no debemos confundirnos: la afirmación de que hay Dios es racional. Otro tanto acontece con la afirmación de que el mundo es Creación. No son gritos que nos salen del garganchón, sofocado por tantas cosas que le llegan.

Son actos racionales, compartibles con todos y composibles con todo lo que sabemos del mundo y de nosotros; que es mucho.

¿Dónde podríamos encontrarnos con la nada? En un primer lugar, en ese pensamiento —nacido en el medievo judío— cuando dice majestuosamente que, para crear el mundo, Dios hace de parte de sí mismo un recipiente vacío espacio-temporal en el que pone el mundo que crea. Ese ámbito espacio-temporal, pues, nace de la kénosis —palabra bien paulina: se despojó a sí mismo de su majestad tomando la condición de esclavo (Flp 2,7)—, vaciamiento de Dios dentro de su ser, anonadamiento de una parte de sí en la que se pone la creación. Pero, cosa bien curiosa, anonadamiento, vaciamiento convertido en un espacio-tiempo marco de referencia kenótico del mismo Dios, que no es mundanal, sino previo a lo mundanal; referencial mismo de un Dios que se vacía a sí mismo. Es interesante ver a este respecto la *Teología de la creación* de Jürgen Moltmann. Claro es, los defensores de esta manera de ver terminarán hablando de pan-en-teísmo, que nada tiene que ver, según dicen, con el panteísmo. Quizá.

Mas yendo como nos exige nuestra coherencia de preguntas y respuestas, del modo en que lo hemos hecho hasta el presente, no vemos necesidad de esa comprensión que exige algo por demás inaceptable: que el espacio y el tiempo no sean internalidades mundanales, sino marco referencial previo a la creación del mismo mundo. Receptáculo en el que se echa el mundo. Receptáculo que, claro es, siendo anterior al mundo, sólo puede estar en Dios, pero un Dios que, en él, se vacía de sí mismo.

Nada nos incita a pensar así.

Hay otro lugar en donde podemos encontrarnos con la nada. Tenemos que volver para ello a nuestros diábolos y nuestros conos.

Hemos visto cómo las líneas de universo que son nuestras líneas de vida tienden hacia un punto de convergencia, vértice del cono; vértice que estira de nosotros, no parte de nosotros mismos. Pues bien, además de ese que llamo punto  $\Omega$ , hay otros. Mamón y Nada. Uno de esos vértices, pues, señala que convergemos a un punto que estira de nosotros, pero ese punto es Nada. Nada se nos convierte así en un punto —insisto, en un punto— de atracción nihilista de lo que somos. ¿Qué quieres? Nada. ¿Qué buscas? Nada. Nada es el lugar de mi descanso. Es la pura aniquilación la que nos atrae. Vamos avanzando en las líneas convergentes de nuestra vida para llegar, por fin, al descanso en la aniquilación misma de la Nada. En ella desaparecemos. Porque esta Nada no tiene espesor. Es, simplemente, la desaparición de lo que somos. La aniquilación de lo que hemos sido. Ya nada vamos a ser. Esta Nada no es otra que la Muerte. Muerte sin esperanza, sin futuro, en donde se nos agostará para siempre nuestra memoria y por nadie seremos recordados. Nada es, aquí, muerte, pudrimiento, polvo, desaparición, lugar en donde dejamos nuestro ser sin posibilidad alguna de reencontrarlo o de que algo de él subsista. Vanas

esperanzas. La muerte, finalmente, todo lo lleva a sí. Terrible Nada esta que es Muerte.

Pero cabe todavía otra posibilidad, ya lo he apuntado. Que en esos vértices del cono que también estiran de nosotros, al menos uno, quizá ese que termina en Nada, resulten tener, más allá de su cerramiento en el vértice del cono, una apertura hacia el otro lado, como acontece con el punto  $\Omega$ . Si así fuera, dado que, más allá del punto  $\Omega$  nos encontramos con el ámbito de Dios, ahora nos habremos topado con el ámbito de la Nada. Así pues, habrá ámbito real de la Nada. La Nada existirá como posibilidad a la que ir. No en la que incrustarse para desaparecer de una vez por todas sin dejar rastro alguno, sino que existe, habría, un ámbito distinto al de Dios. Dios, sí, pero también Nada. ¿Cuál de esos dos ámbitos es más concorde con eso que nosotros somos?

Ahí está la pregunta clave. En el camino ascendente que está siendo la filosofía de la carne, partimos de nuestras experiencias para, desde ellas, y con nuestro preguntar racional, inquirir por las ultimidades, por los puntos de convergencia que estiran de nosotros para llevarnos a su atingencia, y para, luego, adentrarnos en el ámbito del diábolo que está más allá de nosotros mismos. Dios o Nada.

Ahora bien, y aquí nos encontramos con la importancia del concepto de naturaleza, creemos poder decir con razones —no con gritos ni con ideologías preparadas de antemano— que nuestra naturaleza de cuerpo de hombre / cuerpo de mujer se atiende al punto  $\Omega$ . Que, cuanto más vemos con cuidado y parsimonia lo que somos, descubrimos cómo por naturaleza nuestras línea de universo, líneas de vida, convergen al punto  $\Omega$ , pues en él encontramos el amejoramiento de lo que venimos siendo y creemos, con razones —razones también de composibilidad—, que al final, en él, se nos dona el ser en plenitud por el ser en completud. Ser en plenitud que ya actúa en nosotros, desde que comenzamos a ser, pues somos personas, ni galaxias ni hipopótamos. En ese punto, sólo en él, como lo venimos viendo en nuestra filosofía de la carne, obtenemos la plenitud real de lo que somos. ¿Ocurrirá lo mismo en otros puntos de convergencia?

En el pensamiento que estamos llevando, que nuestra carne sea estirada desde el punto  $\Omega$ , se debe, lo acabo de decir, a que en un largo proceso de amejoramiento, allá se nos ofrece nuestro ser en plenitud. Pero se nos ofrece porque en él nos encontramos con el espesor infinito del ser en completud. No porque sí. Mientras que, tratándose del punto de convergencia Nada, nos encontramos de bruces en un cerramiento, el que he denominado de la Muerte, pues nada nos indica que haya ese ámbito de naderías al otro lado. Sólo si Dios es Nada, en cuyo caso deberíamos encontrarnos en el diábolo cuyo vértice es el punto  $\Omega$ . Y este no puede dejar de ser lo que es para ser Nada, pues todo nuestro razonamiento de analogías nos ha ido haciendo ver el espesor de ese punto  $\Omega$ . Por eso, al

menos desde una filosofía de la carne, no parece que el cono que converge a la cerrazón de Nada sea muy atrayente.

Los místicos cristianos han solido ser muy cuidadosos en el ver cómo el acercamiento a Dios se nos da en el anonadamiento, palabra clave, si no recuerdo mal, en san Juan de la Cruz. Las reflexiones del maestro Eckhart van por ese camino, con consistencia filosófica mucho mayor. Pero, aunque es verdad que sobre él se han dado muchas sospechas, no termino de ver que haya sido expulsado de la cohorte dominicana de pensamiento derivado de santo Tomás de Aquino. Que sobre él se hayan construido muchas disquisiciones, quizá; pero que tanto él como la escuela renana, todos ellos dominicos, o la escuela flamenca, no digamos la escuela mística española del siglo XVI o la francesa del siglo siguiente, son genuinamente católicos, creo que no cabe duda. Toda la investigación actual sobre la escuela renana, creo, la más tardíamente reconocida, lo indica con claridad. Por eso, ponerse barbas de diablo o de agente sulfuroso por citar, por ejemplo, al Maestro Eckhart, me parece algo demasiado juguetón.

Desconozco la escuela de Kyoto, pero ¿no resultará que, desde su implantación cultural, son ellos quienes están atraídos por el cristianismo, mejor aún, por las escuelas místicas católicas? Quizá sea una bobada lo que digo, pero ¿no será algo que debiera verse?

Si hay disolución del yo, entonces no podremos nunca estar de acuerdo. Por supuesto. Porque entonces, entre otras cosas, lo que se habrá disuelto es la libertad, nuestra libertad, la tuya y la mía. Pero, además, habrá desaparecido toda atingencia del ser en plenitud al ser en completud. Nada nos quedaría. Mas ¿de cierto que las cosas son así? Durante años pensaron que Juan de la Cruz era un místico no cristiano. Mas ¿quién mejor que él? Habrá que tomar en serio, por ejemplo, su anonadamiento, pero eso no significa deshacerse del yo ni de la libertad ni de nuestro ser en plenitud. Hay, insisto, toda una mística que sale de los círculos cercanos a santo Tomás que se mueven en estos terrenos. Es verdad que Molina no fue recibido, pues llevaba el anonadamiento y la quietud al puro y simple quietismo, a la pérdida de cualquier racionalidad. Nuestro acercamiento a Dios debería darse en el desvinculamiento de cualquier razón. Anonadamiento del sentido, de la voluntad y de la razón. Si es anonadamiento para ponerlos en las manos del Dios vivo, y no en nuestras manos impuras, puede haber. Si lo es para dejar de ser quienes somos, dejar de ser personas, entonces no. Ni mucho menos. Lo habríamos perdido todo.

Pero vale ya, dejaré estos caminos tenebrosos, quizá, para más adelante, fuera de estas páginas primerizas sobre la libertad. Es difícil por demás tratarlos con soltura.

\* \* \*

Entiendo que esta es todavía una reflexión desmadejada, casi truncada, ni de lejos comenzada a terminar, un puro apunte de aproximación en busca de trabazones para un discurso sobre la libertad. Pero recuerdo que el título indicaba que en estas páginas se iban a encontrar sólo algunas perspectivas primeras.